

Saris, kimonos y otros fetiches de la feminidad: el viejo orientalismo en el mercado global

*Saris, Kimonos and other Feminine Fetishes:
Old Orientalism in the Global Market*

RESUMEN

Este artículo intenta exponer algunos de los mecanismos de apropiación de las voces de las autoras anglófonas racializadas en el mercado cultural globalizado del que forman parte importante editoriales, crítica y universidades. Estos mecanismos desvelan un pertinaz orientalismo en occidente en la aproximación a las "otras" culturas: la categorización crítica de los textos en guetos separados del canon principal (literatura «étnica», literatura «de minorías»); la lectura primordialmente etnográfica de textos auto/biográficos; la reiteración de temáticas de victimización, situadas en contextos lejanos en tiempo o espacio; o el deleite fetichista en los elementos paratextuales que envuelven al texto, con especial atención a la cosificación simbólica del cuerpo de las mujeres asiáticas.

Palabras clave: Feminismo, globalización, orientalismo, apropiación, narrativa.

ABSTRACT

This essay exposes some mechanisms of appropriation of racialized women's fiction at work in the globalized cultural market (where the academia and the publishing industry are major forces). These mechanisms reveal a persistent orientalism in the West in the current approach to «other» cultures: the critical labelling of these texts into separate ghettos such as «ethnic lit.», «migrant lit.», or «world lit.»; the ethnographical perspective predominant in the critical readings of auto/biographical texts; the reiterative promotion of narratives of victimization, set in remote places or past times; or the fetishist pleasures promised by the paratextual elements surrounding the text, with special attention to the symbolic objectification of Asian women's bodies.

Key words: Feminism, globalization, orientalism, appropriation, fiction.

SUMARIO:

— Cuestiones preliminares: el canibalismo globalizador. — La etiqueta: ¿en qué estante lo colocamos?. — El exótico sabor de lo auténtico. — El auténtico sabor de lo exótico. — Sedas, gasas y perfumes: los paratextos de oriente. — Conclusiones.

¹ Belén Martín Lucas es profesora titular en la Universidad de Vigo, donde enseña «Literaturas postcoloniales en inglés». Su investigación gira en torno a las estrategias narrativas empleadas por las autoras anglófonas para la subversión de los discursos que colonizan los cuerpos de las mujeres; entre otras, los géneros literarios (auto/biografía, ciclo de cuentos, fotoficción) y los tropos del cuerpo (el cuerpo excesivo, el cuerpo grotesco, el cuerpo mutante).

Cuestiones preliminares: el canibalismo globalizador

Si existe algún rasgo común que ha marcado la narrativa en lengua inglesa publicada en las últimas décadas en los países occidentales² es, en mi opinión, el interés por la voz subalterna, la voz silenciada, la voz sumergida.³ Basta mirar las listas de libros más vendidos, los cópura críticos y teóricos emergentes o los premios literarios más prestigiosos para darnos cuenta del interés del público lector occidental en los últimos años por las «otras» literaturas: las literaturas postcoloniales, la escritura de mujeres, las literaturas lesbiana y gay, etc. Correspondientemente, se ha producido una mayor valorización y reconocimiento en el ámbito académico de las corrientes teóricas que se venían ocupando desde hace tiempo del estudio de estas culturas «alternativas», hasta alcanzar la integración – no obstante aún hoy con reticencias sobre su valor científico— en nuestras universidades. Desde una conciencia feminista que valora la diversidad, y como docente e investigadora de la literatura de autoras anglófonas postcoloniales, me resulta muy satisfactorio este avance en la normalización de estas disciplinas; no obstante, observo al mismo tiempo con desánimo que la integración de los estudios feministas y de los estudios postcoloniales —incluyo aquí a los estudios de minorías— en las instituciones y prácticas académicas de nuestro entorno conlleva la instrumentalización de ambos discursos y su eficaz despolitización en manos de las instituciones del poder, que se apropian de ellos cuando han adquirido ya un relativo reconocimiento. El riesgo de pérdida de eficacia de toda corriente de resistencia está, como bien sabemos, implícito en su popularidad; la coaptación por parte de todo estamento de poder de aquel movimiento que busque su disolución es una vieja estrategia. Así, podemos ver cómo en estos momentos se infiltra en la ideología popular el mito del postfeminismo, entendido perniciosamente como superación de la necesidad de una lucha feminista, al tiempo que se celebra también un ficticio éxito de la diversidad cultural, con espectáculos multimillonarios como el Forum de Barcelona, —patrocinados por grandes compañías multinacionales— como parte fundamental del espejismo de la globalización multicultural.

2 El término «occidente» en este artículo no es una categoría geográfica, sino que se refiere a un ámbito cultural que incluye a los países de mayoría racial blanca: países europeos, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. «Orientalista», igualmente, es un término amplio que no hace referencia al espacio geográfico de oriente, sino que define una tendencia homogeneizadora de todo lo que no se considera occidental.

3 Me limitaré aquí al análisis de textos escritos en lengua inglesa, puesto que es mi ámbito de conocimiento, con referencias a algunas traducciones al castellano, aunque este fenómeno no es, evidentemente, exclusivo del entorno anglófono.

Puede parecer a priori paradójico que en el momento álgido de la globalización, que muchas consideramos un eufemismo amable de «neoliberalismo», surja el interés por la voz subalterna, pero no lo es tanto cuando vemos cómo el propio sistema económico y cultural mercantiliza esa voz, creando una falsa impresión de heterogeneidad en un mundo que, por el contrario, resulta ser cada vez más homogéneo. El éxito de este tipo de textos hasta hace poco marginados (excluidos) del canon literario y todavía marginales (incluidos en los márgenes), suscita numerosas interrogaciones, en un contexto en el que la venta de libros, como de cualquier otro producto, sea o no de carácter cultural, es cada vez más un negocio multinacional en un mercado global único. Inscrita en ese movimiento cultural más amplio que nos satura desde finales de los ochenta con la moda de lo étnico —en la pasarela, en la comida, en la música, en el cine y en la publicidad—, la literatura «étnica» alcanza ahora una promoción significativa que, como ocurre con la llamada «literatura de mujeres», no necesariamente se ofrece y se recibe como textos subversivos.⁴ No pretendo sustentar aquí, ni mucho menos, el desprecio de Harold Bloom hacia estas aproximaciones a la literatura que él ha catalogado en numerosas ocasiones como «escuela del resentimiento», sino que, por el contrario, intento reflexionar acerca del compromiso político de la crítica literaria feminista y/o postcolonial en un entorno claramente hostil a tal compromiso ideológico. Debemos tener en cuenta, además, que la autocrítica es una característica propia de ambas corrientes de la teoría literaria: tanto los feminismos como la teoría postcolonial se mantienen en permanente estado de revisión y contro-versia desde sus inicios.

Shazia Rahman emplea los términos «cultural capital» (tomado de Pierre Bourdieu) y «economic capital» para distinguir entre el valor académico de un texto (otorgado por su inclusión o no en el ámbito universitario y de la crítica; Bourdieu 42) y su valor en el mercado capitalista (número de copias vendidas, contratos de autoras/es, agentes, etc). En la última década, la distancia entre uno y otro se ha ido haciendo cada vez menor, por lo que me parece urgente realizar una reflexión en torno a nuestra propia participación como docentes, investigadoras (y lectoras privilegiadas) y, por lo tanto, parte importante del sistema que asigna valor cultural al producto «libro», en el contexto actual de la globalización de los mercados culturales. Como investigadoras y, sobre todo, como docentes, debemos ser conscientes de los factores que rodean a la

⁴ Graham Huggan analiza incisivamente el papel estelar de los premios y la recepción crítica en la canonización y consecuente incremento en las ventas de ciertos autores y autoras postcoloniales en *The Postcolonial Exotic. Marketing the Margins* (2001). Este texto resulta imprescindible en el análisis del fenómeno de la moda de la «etnicidad» en los estudios literarios. La bibliografía sobre el orientalismo en la moda y decoración de occidente es también muy abundante en los últimos años; ver, por ejemplo, *Re-Orienting Fashion. The Globalization of Asian Dress* de Sandra Niessen, Ann Marie Leshkovich y Carla Jones. Sobre la hipocresía en la explotación de lo étnico en la moda, ver el artículo de África Vidal «El cuerpo colonizado» en el número 13 de esta revista.

publicación y distribución de los textos literarios, puesto que hoy en día constituyen el principal aparato de censura y determinan la circulación de los textos literarios y, en consecuencia, su recepción.⁵ Dentro de este mercado de la literatura, es evidente que la narrativa destaca como producto estrella, muy por encima en número de ventas y de atención crítica que otros géneros literarios, especialmente la poesía y el teatro, y por ello me ocuparé aquí primordialmente de la circulación de textos narrativos (especialmente novelas) de autoras racializadas anglófonas en el mercado occidental.

El interés del público y de las editoriales por los textos de estas autoras se produce como consecuencia de muy diversos factores. Por una parte, es resultado del tremendo esfuerzo de numerosos grupos sociales desde los años sesenta por alcanzar una visibilidad que hasta entonces se les había negado. Por otra, pero estrechamente vinculada a la anterior, es fruto del interés dentro del ambiente intelectual de occidente más privilegiado (la universidad y la crítica) por las corrientes de fin de siglo que inciden en la diferencia y teorizan la alteridad: feminismo, postmodernismo, deconstrucción, marxismo, teorías postcoloniales, etc.⁶ Este interés de una elite intelectual de la clase dominante por la diferencia provoca recelos dentro de las comunidades minorizadas, que ven cómo el sistema contra el que luchan, homogeneizador y despreciativo de toda diferencia en la vida política y sus instituciones, se apropia de sus reivindicaciones, neutralizándolas así mediante su comercialización, y además se enriquece a su costa. La preocupación por la complicidad del aparato crítico con la mercantilización y explotación de las literaturas postcoloniales se extiende en los últimos años, como atestiguan los numerosos ensayos escritos en torno a esta cuestión. Entre los más críticos destacan Kwame Anthony Appiah y Arif Dirlik, que desde una perspectiva marxista definen al *establishment* de la

5 Los estudios sobre la transformación de la empresa editorial en el contexto de la globalización son muy abundantes, especialmente en el ámbito de los estudios de la comunicación. Ver, por ejemplo, el influyente texto de André Schiffrin *The Business of Books: How International Conglomerates Took Over Publishing and Changed the Way We Read* (2001). Para tener una idea de la dimensión de estos nuevos grupos empresariales y su poder de control sobre los libros que leemos, las películas que llegan a nuestras pantallas de cine y televisión, las noticias que leemos, vemos u oímos en cualquier medio de comunicación, ver, por ejemplo, el último informe anual de Bertelsmann AG, disponible en su página web. Este grupo empresarial de base europea aglutina el mayor número de empresas de radio y televisión de Europa, el mayor grupo de edición de revistas, varias compañías discográficas (más de ocho, entre ellas las de mayor distribución mundial), y el mayor grupo editorial del mundo (Random House, que incluye un total de más de cien empresas editoriales de 16 países, con un total de 15 sellos en España). Cuentan además con una rama de empresas de servicios para los medios de comunicación (imprentas y distribuidoras incluidas) y otra de venta directa por internet y clubes de lectura (en España, Círculo de Lectores).

6 Es interesante tener en cuenta que estas teorías sobre el poder y la diferencia surgen de personas que han alcanzado un estatus de privilegio académico provenientes de grupos marginados por una u otra razón; pensemos, por ejemplo, en la homosexualidad de Foucault, el origen colonial de Derrida y Althusser, o la discriminación por género que sustenta las teorías feministas y la opresión imperialista que dio origen a las teorías postcoloniales.

crítica postcolonial, respectivamente, como «a comprador intelligentsia: [...] a relatively small, Western-style, Western-trained, group of writers and thinkers who mediate the trade in cultural commodities of world capitalism at the periphery» (Appiah, citado en Huggan 9) y como portavoces del orden capitalista global que disfrutaban de su destacado estatus en el mismo, según el vitriólico Dirlik:

Postcolonial intellectuals in their First World institutional location are ensconced in positions of power not only vis-à-vis the «native» intellectuals back at home but also vis-à-vis their First World neighbors here. My neighbors in Farmville, Virginia, are no match in power for the highly paid, highly prestigious postcolonial intellectuals at Columbia, Princeton, or Duke; some of them might even be willing to swap positions and take the anguish that comes with hybridity so long as it brings with it the power and the prestige it seems to command. (343)

Resulta cuanto menos chocante observar que ahora se asocia poder y prestigio a la hibridez cultural.

En Canadá se produjo, a finales de los años ochenta, una serie de enfrentamientos en el mundo literario feminista acerca de estas cuestiones —especialmente alrededor de la representación, la apropiación⁷ y el racismo— que alcanzaron gran repercusión en los medios de comunicación y traspasaron los límites de los círculos feministas para involucrar a todo el sistema literario (grandes editoriales, asociaciones de escritoras/es, docentes y críticas/os, organismos gubernamentales). A lo largo de toda la década de los noventa y hasta hoy, este debate continúa candente, por lo que la bibliografía sobre el problema que discuto aquí es abundante en ese país y puede resultar ilustrativa respecto del contexto occidental más general. Como Daiva Stasiulis indica en su estudio del activismo antirracista en las editoriales feministas, en todo el ámbito anglófono se pasó progresivamente de la exclusión prácticamente total de autoras indígenas y de color, porque supuestamente no interesaban al gran público y no venderían, a la promoción de autoras no blancas («diferentes» y

7 Aunque en este artículo me limito a la apropiación de textos escritos por autoras racializadas por parte del sistema económico y académico, este término incluye también la apropiación por parte de autoras/es de raza blanca de experiencias y conocimientos tradicionales de otras culturas, especialmente de las culturas indígenas de las Américas, e incluso de sus identidades. Entre los casos más sonados de impostura étnica, destaca en relación con el tema que aquí trato el de Rahila Khan, autora británica de origen indio, casada y con dos hijas, de la que la editorial feminista Virago publicó una antología de relatos en 1987, y que resultó ser el reverendo anglicano Toby Forward. Otros casos representativos son los del poeta Araki Yasusada, supuestamente superviviente de Hiroshima, en realidad llamado Kent Johnson, un profesor blanco estadounidense; o el Helen Demidenko, identidad falsa de Helen Darville, que ganó en 1994 los premios más prestigiosos de Australia con una narrativa del holocausto basada en la historia de su familia ucraniana, aunque se demostró que su origen no es tal.

«exóticas», desde la perspectiva dominante), tras el rotundo éxito de autoras como Toni Morrison, Alice Walker o Maxine Hong Kingston (Stasiulis 1993: 50). Es necesario recordar aquí el importantísimo papel desempeñado por las pequeñas editoriales autofinanciadas por las comunidades feministas y racializadas, que cubrieron ese vacío en el gran mercado de textos de autoras, y que aún ahora siguen compensando con el compromiso político feminista y antirracista los efectos perniciosos de las políticas comerciales de los grandes grupos editoriales. Como decía anteriormente, el éxito actual de este tipo de ficción — racializada, diaspórica, multicultural, étnica, son algunas de las etiquetas críticas que la describen— es fruto de la ardua labor de muchos grupos activistas y no sólo del patrocinio de las grandes empresas, que vienen a explotar el filón una vez ha sido «descubierto», por emplear un término favorito del discurso imperialista. Desde la teoría postcolonial se percibió hace tiempo el peligro de apropiación orientalista que el reconocimiento de estas literaturas podía conllevar, y Said diagnosticó en 1989 la fetichización de la diferencia en las disciplinas humanísticas:

These two words, «difference» and «otherness» have by now acquired talismanic properties. Indeed it is almost impossible not to be stunned by how magical, even metaphysical they seem, given the altogether dazzling operations performed on them by philosophers, anthropologists, literary theorists, and sociologists (213).

En nuestro ámbito, el feminista, en el que la diferencia de género o sexo es, evidentemente, el eje central de todo análisis, no hemos permanecido inmunes a la magia talismánica de las «otras» diferencias. Como en el caso de los estudios postcoloniales en general comentados anteriormente, los textos teóricos de autoras como bell hooks, Trinh T. Minh-ha, Gloria Anzaldúa, Cherríe Moraga o Alice Walker, que cuestionan las prerrogativas exclusivistas del feminismo blanco, fueron adquiriendo reconocimiento y difusión⁸ y, al mismo tiempo, se puso en peligro su contenido político. Como advierte Stasiulis, «[t]he growing demands that the literature of women writers of colour be produced and recognized increase the risk of their being read from the vantage point of “politically correct” feminist dogmas such as the now ubiquitous mantra, “race, class and gender”» (54). Incómodamente atrapadas entre acusaciones que van de la «apropiación», en un extremo, al «desinterés racista», en el otro, muchas críticas feministas blancas buscamos una aproximación ética

8 Una importante contribución a su divulgación en los países de habla hispana lo constituye la edición no lucrativa (con licencia Creative Commons y disponible en internet) de *Traficantes de Sueños* de la colección de ensayos *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, que recoge en traducción textos de bell hooks, Gloria Anzaldúa y Chandra T. Mohanty, entre otras.

intermedia que nos permita afrontar el análisis de las literaturas de autoras racializadas sin caer en ninguno de estos errores.

El auge del feminismo postcolonial en las universidades occidentales —a pesar de lo dicho aún minoritario en comparación con otro de tipo de aproximaciones a los estudios culturales— nos permite observar el proceso de fagocitación de las teorías de resistencia por parte del sistema; como bien indicaba Spivak, si la subalterna habla desde el centro del poder, deja de ser subalterna, «se halla ya en el largo camino hacia la hegemonía [...] una línea en todo punto deseable, a menos que queramos aferrarnos a un purismo o primitivismo romántico que defienda «la conservación de la condición subalterna» (213-14), pero que también puede llevarla al proselitismo (214). Aún hoy, incluso quizás más que antes, debemos preguntarnos si verdaderamente habla la subalterna, y en qué circunstancias, y en el mercado global(izado) del libro, «what negotiations with the publishing industry do minority voices undertake in order to be heard? What do they give up in order to speak?» (Rahman 86).

Me propongo en este artículo exponer algunos de los mecanismos de apropiación de las voces subalternas —y, entre ellas, concretamente de las autoras no blancas, símbolo evidente en sí mismas de la «otredad», como intentaré demostrar aquí— en el mercado cultural (incluyo aquí a editoriales, crítica y universidades), mecanismos de «inclusión» que desvelan un pertinaz orientalismo en la aproximación a las «otras» culturas y, por lo tanto, permiten desvelar asimismo los mecanismos de exclusión.

La etiqueta: ¿en qué estante lo colocamos?

Una de las señales más evidentes del eurocentrismo del mercado literario occidental es la preferencia por el término «étnico». Comentaba más arriba la proliferación de este término en los medios de comunicación como adjetivo destacado de nuestro contexto «global». Es indudable que lo étnico vende; lo étnico está de moda. Y a poco que hurguemos en lo que se vende por étnico, desvelaremos el sesgo orientalista de la palabra. Un ejemplo de nuestro país: en su página web, el grupo editorial Planeta⁹ deja patente la utilización mercantilista de esta etiqueta asociada a las culturas no occidentales (léase «no blancas»): «La idea de dar a conocer la gran literatura asiática, africana y, en

⁹ En su página web este grupo empresarial se describe así: «El Grupo Planeta es un grupo de comunicación que ocupa una posición de liderazgo en la producción de contenidos para el mercado de habla hispana. Primer grupo editorial español y séptimo del mundo, cuenta con una amplia oferta al servicio de la cultura, la formación, la información y el entretenimiento». Forma parte, pues, de ese selecto grupo que pugna por el monopolio de los mercados culturales —en este caso acapara el mundo hispano— característico de la globalización, como comentaba antes, logrando, en sus propias palabras, «una posición de privilegio en el mercado mundial».

definitiva, no occidental, inspiró la creación de *Ediciones del Bronce*, que desde entonces publica, en su colección **Étnicos**, a autores importantes y poco reconocidos» (énfasis añadido). La asociación inequívoca aquí de lo «étnico» con lo «no occidental» —como si en occidente no hubiera etnias— pone de manifiesto la relevancia del factor «raza» en la clasificación, promoción y apreciación de los textos literarios. La reducción de las múltiples literaturas producidas en Asia y África al singular «literatura africana» o «literatura asiática» resulta igualmente reveladora de su etnocentrismo: ¿alguna vez hablamos de «literatura europea» en singular? ¿Se refiere el término «literatura americana» a alguna más que a la literatura estadounidense? Es importante considerar, además, el hecho de que muchos (la mayoría) de los textos considerados «étnicos» que llegan a nuestras librerías no se producen en África o en Asia, sino en países occidentales, por lo que su descripción como literatura «no occidental» delata una concepción racista de lo que se define como cultura occidental.¹⁰

Además de esta etiqueta preferida, «étnica», muchos otros términos utilizados ampliamente en la crítica literaria desde los años ochenta, como literatura «de inmigrantes», «de minorías visibles», o «escritoras de color» también han sido cuestionados desde el activismo antirracista en los países occidentales, puesto que inciden de una u otra manera en la exclusión de una normatividad, la de la raza blanca, claramente hegemónica. En el discurso cultural dominante en todo occidente, cualquier persona de color es considerada a priori extranjera, no nacional, incluso en los países de larga historia multicultural, como Canadá, Australia o Gran Bretaña, donde se produce una segregación étnica/racial de los textos de autoría no blanca: «Multiculturalism's ordination of ethnicized cultures has functioned as a dressed-up form of ghettoization: "other" voices are permitted articulation only within carefully delineated boundaries (read here "World Lit.", "Immigrant Lit." or "Multicultural Lit.")» (Maclear 16). Para Didi Khayatt, este tipo de taxonomías es doblemente dañino, ya que además de excluir a las autoras racializadas de la nacionalidad cultural mayoritaria, dificulta su adscripción a otros colectivos específicos puesto que las uniformiza como «no blancas»:

10 En el año 2002, la directora de El Bronce, Miriam Tey, abandonó esta empresa y creó El Cobre Ediciones con las mismas características, pero esta vez ampliando sus miras: «"Hemos decidido llamarla Cobre porque va a mantener el mismo espíritu de Bronce", afirma la editora. "Queremos que Cobre gire en torno a la diversidad. Que incluya a autores étnicos, como decíamos en Bronce, pero también escritores occidentales fronterizos, que tengan sus raíces en países lejanos"» («Miriam Tey funda la editorial Cobre»). Curiosamente, Ediciones del Bronce no ha publicado ningún título de la colección **Étnicos** desde entonces, **a pesar de mantenerla en su publicidad**, y en cambio ha incorporado a autoras y autores de otras culturas en la colección **Ficciones**, lo que evidencia el valor promocional de esta palabra.

The assumptions implicit in the categories of «immigrant woman» «woman of colour» and «visible minority» conceal real differences in experience and do not account for nor distinguish between the various levels of oppression. They assume a homogeneity of background amongst all people who fall into those various groupings. (8)

Incluso una categoría tan establecida ya y aparentemente más amplia como es «postcolonial» no ha dejado de recibir críticas por su eurocentrismo, como indica María José Vega:

Al decir *postcolonial* parece enfatizarse que la experiencia distintiva de los así calificados —una sociedad, un individuo, una literatura— es la presencia europea. Se los identifica, en suma, en virtud de *esa* experiencia colonial y se omite toda consideración de su historia anterior [...] De este modo, cuando la crítica metropolitana habla de postcolonialidad convierte la dominación europea en la experiencia fundante de la historia de los territorios colonizados, respecto de la cual esa misma historia se *periodiza* y se nombra. Todas las culturas sometidas por una potencia occidental quedarían así acomodadas por su distancia respecto de esa dominación colonial y compartirían una relación, por así decir, preposicional, con Europa, ya que su historia estaría marcada por —y subordinada a— el inicio y la conclusión de la presencia europea, por un *pre*— y por un *post* (24).

Los ejemplos más evidentes de negación de la historia previa en esta aproximación crítica a su literatura son los de África y el subcontinente indio, con una larguísima historia de colonizaciones previas y, en el caso de India, una cultura escrita milenaria que son obviadas completamente en la consideración de sus textos como «postcoloniales» (Vega 24). Cuando decimos «literatura africana» o «literatura india» borramos de un plumazo la inmensa pluralidad de las literaturas producidas en un continente y un subcontinente con millones de habitantes: ¿en qué lengua? ¿de qué región? (Huggan 34). Mayoritariamente, la crítica postcolonial se ocupa casi con exclusividad de la literatura de estas áreas escrita en alguna lengua europea y muy particularmente de la literatura escrita en inglés, que constituye el corpus estudiado y difundido en los países occidentales y por ende en el mundo globalizado.¹¹

Tanto si se trata de textos escritos en occidente como si provienen de otros países la categorización crítica de los mismos y su promoción en el mercado enfatizan su alteridad. En el caso de los textos de autoras, esta alteridad

11 Retomaré esta cuestión más adelante, en relación a la literatura angloindia.

conlleva, además, una acentuada cosificación de la propia escritora, de quien no sólo se espera que represente a las mujeres de su raza o etnia adecuando su retrato a los estereotipos e imágenes sobre las mismas que más gustan al público lector occidental (que las editoriales perfilan como mujer blanca de clase media), como analizaré más adelante, sino que ella misma se convierte en la imagen visible que precede a sus textos con su presencia física en lecturas públicas, apariciones en los medios de comunicación y, por supuesto, en las fotografías publicitarias y contraportada/solapa del propio libro. El aspecto físico de la autora literaria cobra cada día mayor importancia en un mundo en el que la imagen lo es todo, y las personas responsables de la promoción de los libros han sabido hacer buen uso del valor añadido del cuerpo de las mujeres:

Las reseñas en la Prensa prestigian un libro entre los libreros, comenta Miriam Tey, de Ediciones del Bronce. «Si ven un artículo sobre él cuando se disponen a retirarlo de la mesa de novedades, lo dejan unos días más. [...] Sin embargo, una buena crítica en un periódico, no siempre se traduce en un aumento de las ventas. Si está vivo, el autor es quien más tiene que decir sobre su libro y lo que mejor funciona son las entrevistas con él. Sobre todo si se trata de una mujer **guapa**, transgresora, perversa o procaz». (Memba; énfasis añadido)

Si además de ser guapa, su belleza es «exótica», la autora tiene más posibilidades de convertirse en la modelo promocional de su propio producto, como indica Guy Beauregard: «feminize and racialize the author to make her a suitable object of consumption» (191). Para la comercialización del texto no importa tanto de qué se ocupe un libro como de crear expectativas en las lectoras sobre lo que encontrarán dentro: «Thus, this marketing strategy functions by capitalizing on the author's status as an ethnic woman writer to sell the book by promising a stable ethnic subjectivity that will narrate an exotic story about a misty, faraway land» (Rahman 90). Padmini Mongia, experta en literatura india en inglés, lanza una llamada de atención a editoriales y críticas/os sobre la escasa calidad literaria aportada por muchas de las novelas que llegan a las librerías con una promoción espectacular:

In the flourishing domain of Indian writing in English, a domain well served by media attention and financial success from all quarters of the globe, reader's expectations are built up to such an extent that the disappointment —when it comes— is more acute. It will not do to blame the media and its many machines which demand being fed. Might we also not ask of our publishers, our reviewers, and our critics that some finer

distinctions be made so that there would be less of a gap between the hype and the text for which we're made to long? [...] I must demand that there be some relationship between a book, an advance on it, a generous review, a praise song on the book jacket, and a book launch (invitations only) (2004).

Me propongo analizar a continuación algunas de las expectativas creadas por la crítica y las editoriales respecto de los textos catalogados como «étnicos» escritos por mujeres.

El exótico sabor de lo auténtico/el auténtico sabor de lo exótico

Uno de los valores en alza en nuestro tiempo postmoderno del simulacro y la reproducción automática es el de la autenticidad, cualidad «that the dominant culture either professes to lack or that it claims to have lost, and for which it feels a mute nostalgia» (Huggan 156). Esta nostalgia, junto con la fascinación voyeurista por lo exótico y el primitivismo atribuido a ciertas culturas, especialmente las indígenas, explican según diversas autoras y autores la canonización de los géneros auto/biográficos en el ámbito postcolonial, que ofrecerían así el material «auténtico» de la experiencia vivida para satisfacer los placeres caníbales de occidente. Otras teorías, en cambio, reclaman la valía literaria de estos textos confesionales y testimoniales propios de las comunidades subalternas,¹² como indica Vega:

El reproche más generalizado de los nuevos estudios literarios [postcoloniales] a la teoría literaria y al comparatismo tradicionales es el que censura su resistencia a aceptar como formas de Literatura —con mayúsculas— el caso singular y verdadero, la confesión, el relato testimonial o la historia de una vida, que, supuestamente, constituirían el racimo de géneros más favorecidos por los colonizados. [...] Es decir, las mismas formas que invocaba una parte de la crítica marxista como propias de la clase trabajadora, y una parte de la crítica feminista como propias de las mujeres¹³: todos los *excluidos*, pues, se reunirían formalmente en las convenciones del testimonio, del memorialismo, de la confesión o de la autobiografía. (203).

En cualquier caso, sea por el interés morboso de la cultura dominante sea por su valor político reivindicativo, lo cierto es que los géneros auto/biográficos son

¹² Ver Mongia 1999.

¹³ Yo misma he defendido este valor de resistencia de los géneros auto/biográficos en manos de las mujeres, tanto negras como indias, indígenas y blancas, en diversas publicaciones, por lo que no es mi intención cuestionar el uso de los mismos, sino su apropiación.

los más vendidos y estudiados. Entre estos géneros debemos incluir también la novela, que incluso cuando no es autobiográfica se vende y se analiza persistentemente como tal si proviene de alguna autora racializada (Huggan155), y muy especialmente el subgénero de lo que se ha dado en llamar ficción documental o factográfica (Vega 206), una de las formas preferidas por las lectoras y fórmula mágica de éxito de toda narrativa, sea en literatura, televisión o cine: «basada en un hecho real». Una exigencia recurrente de las autoras/activistas racializadas es que se aprecien sus obras como textos literarios, y no como material etnográfico; la actitud benevolente, paternalista —o maternalista, en muchas aproximaciones feministas— en su recepción es francamente notable.¹⁴ Para Larissa Lai, novelista chino-canadiense y destacada activista, «the suggestion is, of course, that we are not creative agents capable of constructing nuanced fictions which address historical situations, but rather mere native informants reconstructing, as accurately as our second-rate minds allow, what actually happened» (1999: 148). Esta desvalorización del capital cultural (que no del económico) aportado por las autoras racializadas es una extensión de lo que Chandra T. Mohanty describió como el estereotipo de la mujer del tercer mundo en el pensamiento feminista blanco en su famoso «Under Western Eyes»:

The «third world difference» includes a paternalistic attitude toward women in the third world [...] third world women as a group or category are automatically and necessarily defined as religious (read «not progressive»), family-oriented (read «traditional»), legal minors (read «they-are-not-still-conscious-of-their-rights»), illiterate (read «ignorant»), domestic (read «backward»), and sometimes revolutionary (read «their-country-is-in-a-state-of-war; they-must-fight!»). This is how the «third world difference» is produced. (72)

Este estereotipo es todavía ahora el predominante en occidente, como veremos, y no exclusivo de las mujeres del llamado Tercer Mundo, sino de todas las no blancas, incluyendo chinas y japonesas, por ejemplo. En el mercado globalizado del libro, en el que, como decía antes, las empresas

14 No me puedo resistir a incluir aquí un ejemplo ilustrativo de esta visión paternalista sobre las mujeres de otras razas en general, y sobre las autoras en particular, y su instrumentalización en el debate político por parte de Eduardo Zaplana, entonces Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, en su comparencia ante el Senado respecto de la entonces Directora del Instituto de la Mujer y la publicación de *Todas putas* en su editorial: «En su defensa, Zaplana desgató la larga lista de libros que, como responsable primero de Ediciones del Bronce, y copropietaria después y en la actualidad de El Cobre Ediciones, avalan el pedigrí “incluso progresista” —dijo— de Tey y su compromiso en defensa de los derechos de las mujeres, sobre todo en los países donde más se vulneran, como el África subsahariana o el mundo árabe. Tanto El Bronce como El Cobre Ediciones tienen en su catálogo numerosos títulos de literatura “étnica” de autoras femeninas» («Todas las notas de agencia de la intervención de Zaplana en relación a Tey»).

multinacionales manejan primordialmente criterios de beneficios económicos, las fórmulas que tienen éxito se reiteran una y otra vez hasta la saciedad. En la cita anterior, Rahman apuntaba uno de los filones literarios que denotan un orientalismo evidente: «an exotic story about a misty, faraway land» (90). En la categoría de «historia exótica» destacan las historias plagadas de violencia e injusticias en un espacio remoto, el país de origen, en las que la mujer protagonista aparece como víctima y/o heroína, en el mejor de los casos, y refugiándose en occidente en casi todos ellos. También se consienten, aun con incomodidad si se sitúa en un país occidental, tragedias que ocurrieron en un pasado remoto; por ejemplo, se permiten las narrativas de esclavitud, y comienzan a aparecer con más frecuencia relatos acerca de los campos de concentración de la población de origen japonés durante la segunda guerra mundial en Canadá y Estados Unidos. Pero indudablemente gozan de mejor proyección los textos en los que el drama se desarrolla dentro de la propia comunidad racializada, especialmente en una misma familia, lo que ha provocado también mayor polémica, con reacciones airadas dentro de la misma contra las autoras feministas que denuncian la opresión en sus culturas respectivas, a las que tildan de occidentalizadas y traidoras.¹⁵ Estas reacciones violentas reciben cobertura de los medios de comunicación y círculos intelectuales, que gustan de incidir en la subyugación de las «otras» mujeres, y la controversia pública facilita la promoción de este tipo de textos.¹⁶ Lai denuncia los efectos perniciosos para las mujeres racializadas de la divulgación masiva de este tipo de relatos:

The cumulative result of their being foregrounded over others has the effect of producing new tropes of the marginalized subject as, on the one hand, equivalent with violence or, on the other, as the old stand-by staple of exotic faraway adventure. These stereotypes are made more weighty than those of old because they are validated by apparently «authentic» voices —the voices of «native informants», not unlike those Western anthropology has historically used to validate its own eurocentric perceptions of other cultures. (2001: 42-43)

Entre las historias de brutalidad que tienen lugar «over there» (Lai 2001: 42), en el extranjero, una de las favoritas es, sin duda, la guerra de partición entre India y Pakistán. El tema de la partición es muy recurrente en la ficción en lengua

¹⁵ Uma Narayan desmonta brillantemente la falacia de estas acusaciones de occidentalización de las feministas de otras culturas mediante la recuperación histórica de las luchas contra la discriminación de las mujeres en todos los continentes, y particularmente en su propio país, India, en *Dislocating Cultures*.

¹⁶ Ejemplos famosos de esta reacción y su cobertura mediática son los de Alice Walker, tras la concesión del Pulitzer a *El color púrpura*; la fatwa contra Taslima Nasrin, o, en el cine, el de la película *Fuego* de Deepa Mehta. También las reacciones contra autoras chicanas se han estudiado ampliamente.

inglesa del subcontinente asiático, literatura producida generalmente para consumo de occidente,¹⁷ cuyo público lector y crítico a menudo no toma en consideración las importantes aportaciones al análisis del conflicto que estas novelas ofrecen, sino que incide en el retrato de las culturas implicadas — musulmana, hindú y sikh— como integristas y violentas. Por ejemplo, la narrativa de la violación de mujeres de todos los «bandos» en este conflicto, reiterada en numerosas novelas y cuentos sobre la partición —aunque no en los libros de historia de India y Pakistán (Pandey 105)—, expone la colonización del cuerpo de las mujeres por parte del nacionalismo cultural, que es común a todas las culturas patriarcales, como indica África Vidal en el ensayo previamente citado. La violación como crimen de guerra entiende el cuerpo de la mujer como representativo de la nación; la violación «mancha» su pureza y destruye el honor, convirtiendo el cuerpo de la mujer en el territorio físico en liza. Este crimen, como desgraciadamente sabemos bien, no se dio exclusivamente en esa guerra, ni en ese tiempo, sino en todas las guerras de todas las épocas. Sin embargo, no es ésta la lectura crítica más frecuente; por el contrario, estas escenas de violación se utilizan a menudo en occidente para reforzar imágenes negativas de los hombres de piel oscura —estereotipos de vieja solera, como la amenaza sexual o la brutalidad primitiva—, o se pasa sin mayor mención sobre ellas, como parte inevitable de un conflicto armado. Con demasiada frecuencia incluso los ensayos escritos desde la crítica feminista giran en torno a la victimización de estos personajes femeninos, sin atender al valor político de cuestionamiento de los valores nacionalistas y/o culturales que estas escenas introducen.

Otro conflicto ampliamente difundido en occidente mediante la narrativa de autoras es la represión de la revolución maoísta china, y en especial del periodo de la revolución cultural. Una enorme¹⁸ ola de autobiografías y sagas familiares «basadas en vidas reales» inundó nuestras librerías en los años noventa,

17 El debate sobre el uso del inglés como lengua literaria en India es muy viejo, pero no caduco; muy al contrario, esta polémica se ha intensificado con el fenómeno de lo que se ha dado en llamar «Indo chic», parte importante de la renovación del orientalismo en occidente (cómo olvidar el Pita Pita Del de Coca Cola, epítome del fenómeno aquí analizado); ver *Karna Cola. Marketing the Mystic East* de Gita Mehta, disponible en traducción. Mongia también está escribiendo una monografía sobre este tema, titulada provisionalmente *Indo Chic: Marketing English India*. Esta autora ha criticado anteriormente el eurocentrismo en el protagonismo dado internacionalmente a la literatura de India en inglés: «With several flourishing literatures in different languages, postcolonial literature in English [in India] serves a very small community and speaks only of the concerns of this small minority. That this literature is asked to stand for, for example, Indian literature —as it is increasingly in the West, can be read as a neo-colonial move which valorizes English as the language of literary production and the concerns of this literature —exile, the nation, questions of identity— as the subjects for Indian literature» (1999: 92).

18 Desproporcionada en comparación con otro tipo de textos escritos tanto por mujeres chinas como por autoras de otros países asiáticos en esa década; sorprende por ejemplo la escasez de textos de autoras japonesas, incluso en la diáspora americana, y la ausencia de traducciones de sus textos en nuestro país.

provenientes casi en su totalidad de los Estados Unidos, como *Cisnes salvajes: tres hijas de China* (1994) de Jung Chang, *La dama de Shanghai* (1998) de Nien Cheng, *Azalea Roja* (1995) y *Madame Mao* (2000) de Anchee Min, *El teatro de los lirios* (1999) de Lulu Wang (de Holanda), o *Pies vendados y traje occidental* (1996) de Pang-Mei Natasha Chang, entre otras.¹⁹ Esta oleada vino acompañado de un importante número de otras sagas familiares y dramas individuales con títulos tan «evocadores» como *El imperio celeste* (1994) de Linda Ching Sledge o *El amuleto de jade* (1998) de Catherine Lim (de Singapur), además de las novelas de la consagrada Amy Tan *El club de la buena estrella* (1990), *La esposa del dios del fuego* (1991), *La dama de la luna* (1992), *Los cien sentidos secretos* (1996), y *La hija del curandero* (2001). En cualquier caso, la acción se sitúa principalmente en lugares remotos respecto del país de publicación.

Sedas, gasas y perfumes: los paratextos de oriente

La envoltura de un libro, su portada (y contraportada), es su tarjeta de presentación, es la «imagen» externa que, como nuestro cuerpo, se lee e interpreta incluso a nuestro pesar. El control de las autoras sobre esta presentación de cara al público de sus textos es nulo en la mayoría de los casos, puesto que los equipos de promoción toman las decisiones acerca de cómo vender el libro, y la portada y títulos suelen depender de otros agentes, no de las autoras.²⁰ En los títulos mencionados aquí, junto con las portadas de los mismos —repletas de mujeres de ojos rasgados con vestimentas orientales, rodeadas de pagodas, dragones, caracteres chinos y otros elementos característicos de la

19 En Norteamérica el número es aún mayor, obviamente; me limito aquí a mencionar las traducciones al castellano porque es sintomático de los intereses del mercado globalizado, y la traducción es un elemento importante en el funcionamiento del conglomerado multinacional de las empresas editoriales. Mi relación de títulos no es exhaustiva de todas las publicadas en España, aún hay más. Indico en cada caso la fecha de la primera edición en nuestro país; en muchos casos existen varias reediciones posteriores.

20 Un caso representativo de este tipo de decisiones editoriales lo encontramos en la primera novela de Anita Rau Badami, que en su edición original en Canadá (Viking Penguin, 1996) se tituló *Tamarinid Meni*, en referencia a una *mensahib* (mujer india de clase alta) coprotagonista del relato. En la reedición internacional, lanzada en 2002 simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña en diversos sellos tras la obtención del premio de la Commonwealth en el año 2000 por *The Hero's Walk* (*El paseo del héroe* en castellano, 2001), se cambió el título por *Tamarinid Woman*, en el que el referente exótico se mantiene con la palabra «tamarindo», familiar para el público anglófono general, y se enfatiza la feminidad del relato, que no es evidente para quienes no conozcan el contexto indio. El caso Badami es muy representativo de esta apropiación y comercialización de la «mujer étnica» en el mercado global ya que consiguió contratos con la multinacional Penguin y el grupo Random House previos incluso a la escritura de sus novelas, así como prestigiosos premios con sólo dos novelas en su haber; llama la atención especialmente, en el ámbito feminista, la concesión del premio anual canadiense Marian Engel Award en el 2000, año en que se publica su segundo libro, ya que se trata de un galardón concedido en reconocimiento a la trayectoria de una escritora.

chinoiserie que, como el *Indo chic*, también está de moda²¹ —, el lirismo de las flores, la luna, los cisnes, etc, envuelve estas historias dramáticas en un perfume (tipo *Maderas de Oriente*) irresistible para el público occidental blanco. Entre azulejos, lotos, abanicos y letras chinas, el cuerpo de la mujer asiática se envuelve en sedas en las portadas de estos libros²² como principal reclamo comercial, apelando al fetichismo sexual asociado a la mujer oriental en occidente.²³

Una explotación similar se produce respecto de las mujeres del subcontinente indio, que con velos y saris de colores espectaculares aparecen en las portadas de narrativas de autoras (y autores) de origen surasiático con tanta frecuencia (sobre todo en la diáspora) que bien se puede considerar a la «mujer con sari» una etiqueta de denominación de origen. Yasmin Jiwani, que realiza un análisis similar a éste en el ámbito del cine contemporáneo, expone los mecanismos de asociación de significados simbólicos adscritos a la mujer surasiática en occidente, que se pone en marcha cuando vemos la figura de la mujer con sari:

The woman is appropriated as a sign, and a sign infused with meanings that have their roots in the historical relationship of inequality and otherness.

The symbolic value of the South Asian woman as a «sign» in the system of visual signs that form the language of the cinema lies in its ability to evoke this chain of association [... that] has become entrenched

21 La nueva ola *chinoiserie* no se limita a la decoración de interiores, que era su ámbito tradicional, sino que llega también al vestido; junto a ella están de moda también el feng shui, y el zen, la cocina china, el tai chi y otras artes marciales. Incluso el modelo de belleza occidental del capitalismo globalizado por excelencia, Barbie, sacó en el 2004 una serie de coleccionista con las muñecas «Chinoiserie Red Moon Barbie», «Chinoiserie Red Midnight Barbie» y «Chinoiserie Red Sunset Barbie», y en la recién presentada nueva serie limitada del 2006 se estrena el modelo «Chinese New Year Barbie».

22 Basta una rápida búsqueda en internet para encontrar ejemplos de portadas de este tipo; ver por ejemplo las portadas de los libros de Anchee Min en la página de su agencia, sección «Titles»: <http://www.barclayagency.com/min.html>

23 Este fetichismo está relacionado con el fetichismo de lo diferente que comentaba al inicio del artículo; Sujata Massey, autora estadounidense nacida en Gran Bretaña de origen indo-alemán y residente en Japón, recoge en su sitio web todas las portadas de sus novelas de misterio protagonizadas por Rei Shimura, mujer de difícil adscripción racial, y comenta cómo un mismo personaje se re-presenta como mujer oriental o mujer occidental respectivamente en los diversos contextos, enfatizando en cada caso su diferencia respecto a la mayoría: «The pictures are pretty interesting, I think, and offer a window into the way the different countries regard mixed heritage people. For example, while the U.S. and European covers usually feature a model who looks 100% Asian, the heroine on the Japanese versions looks almost totally Caucasian! I've especially enjoyed the manga-themed covers that were designed by publishers in Germany and Finland» («Pictures of Rei»). El uso de la estética manga en estas últimas relaciona el texto inequívocamente con Japón.

over time and now forms the taken-for-granted stock of knowledge of contemporary Western societies. [...] the South Asian woman is both «exotic» and «dangerous,» both attractive and repulsive. She is woman like her white female counterparts, and yet not a woman because of her race. Her difference is what makes her exploitable as a spectacle. (45).

No quiero extenderme aquí con la larga lista de títulos que, esta vez cargados de especias y *memsahibs*, acompañan estas imágenes, puesto que se pueden localizar fácilmente en internet²⁴ y son más familiares para nosotras que la literatura de autoras chinas, ya que el boom mundial de la literatura angloindia como parte del *Indo chic* está más estudiado también aquí.

Conclusiones

La apropiación por parte del mercado y del estamento académico occidental de las novelas sobre las historias de opresión de estas mujeres las cosifica como producto de consumo sin tener en cuenta su valor político de denuncia y resistencia. Además, lo que resulta más peligroso, desvía la atención que deberíamos dedicar a las injusticias del presente. Leemos acerca de los abusos cometidos durante la revolución maoísta en China, pero no encontramos narrativas sobre la encarcelación y deportación de inmigrantes en todos los países occidentales en los últimos años; deglutimos una novela tras otra sobre matrimonios concertados en oriente, pero no encontramos ficción en el curriculum universitario sobre la explotación sexual de mujeres y niñas por parte de los turistas occidentales, eufemísticamente llamado «turismo sexual»; ni sobre el tráfico internacional de la prostitución forzada (qué irónico el lenguaje, que lo designa «trata de blancas»); ni sobre la esclavitud en la economía sumergida (de nuevo el lenguaje nos pone en evidencia: «dinero negro») en talleres clandestinos —o no clandestinos, sino en países de «bajo coste laboral»— donde mujeres de todas las razas producen los tejidos, ropas y calzados de la *chinoiserie*, del *Indo chic*, de la moda étnica y de todo cuanto nos viste a nosotras y a nuestros hogares, sean de la marca y el precio que sean.

Sin llegar al extremo purista —y un tanto cínico, en mi opinión— de las ácidas palabras de Dirlik acerca de los privilegios de unas pocas figuras de los estudios postcoloniales, pero consciente de mi propia implicación en un sistema mercantilista como consumidora y como productora de capital cultural en cuanto que docente e investigadora, me interesa examinar mi

²⁴ Una herramienta valiosa para el estudio de la cultura feminista del subcontinente indio, es el portal SAWNET (The South Asian Women's NETwork), donde además se reproducen muchas de las portadas de la ficción de autoras.

propia fascinación por la literatura de autoras racializadas, fascinación que me plantea dudas y me hace revisar mis herramientas teóricas en la aproximación a estos textos y, especialmente, el vocabulario crítico que empleo. En esta tarea me proporcionan una impagable ayuda mis estudiantes y mis compañeras del Seminario de Investigación Feminismos e Resistencias; su recepción de los textos y las discusiones acerca de los mismos iluminan mis ideas acerca de estas cuestiones.

Los mecanismos de inclusión en el mercado y en el canon que he presentado aquí —género literario, temas, títulos y otros elementos gráficos paratextuales— son tan sólo algunos de los exponentes más evidentes de la concepción orientalista sobre las Otras que domina nuestra cultura eurocéntrica y que se encuentra, desde mi punto de vista, en el corazón de la globalización neoimperialista que celebra hipócritamente el multiculturalismo y el mestizaje, como celebra con la misma hipocresía «la liberación de la mujer» al tiempo que reacciona furiosamente contra ella en un mundo tremendamente masculinizado. La reflexión acerca de nuestra responsabilidad dentro de la práctica académica feminista y/o postcolonial en el funcionamiento de estos mecanismos es, por lo tanto, imprescindible y urgente, si no queremos perder efectividad política en nuestros discursos críticos.

BIBLIOGRAFÍA

- «Annual Report 2004» (2004): Bertelsmann AG's Business Reports.
http://www.bertelsmann.de/bertelsmann_corp/wms41//customers/bm_corp/pdf/Anual_Report_2004_0.pdf
- BEAUREGARD, Guy (1999): «Unsettled, unsettling». Reseña de *The Electrical Field* de Kerri Sakamoto. *Canadian Literature*. 163: pp. 191-93.
- BOURDIEU, Pierre (1993): *The Field of Cultural Production: Essays on Art and Literature*. Ed. Randal Johnson. Nueva York: Columbia University Press.
- DIRLIK, Arif (1994): «The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism». *Critical Inquiry*. 20.2: pp. 328-356.
- Grupo Planeta: Áreas de negocio.
<http://www.planeta.es/esp/asp/areasnegocio.asp?codarea=01>
- HUGGAN, Graham (2001): *The Postcolonial Exotic. Marketing the Margins*. Routledge. Londres y Nueva York.
- JIWANI, Yasmin (1992): «The Exotic, the Erotic and the Dangerous. South Asian Women in Popular Film». *Canadian Woman Studies/Les cahiers de la femme*. 13.1: pp. 42-46.
- LAI, Larissa (1999): «Political Animals and the Body of History». *Canadian Literature*. 163: pp. 145-154.

- (2001): «Corrupted Lineage: Narrative in the Gaps of History». *In-Equations: can asia pacific*. Eds. Glen Lowry y Sook C. Kong. *West Coast Line*. 33 (34/3): pp. 40-53.
- MASSEY, Sujata. «Pictures of Rei». <http://www.interbridge.com/sujata/rei.html>
- MEMBA, Javier (2000): «Cómo se hacen los libros (VI). La promoción, el arma clave». <http://www.el-mundo.es/elmundolibro/2000/07/09/anticuario/962962416.html>
«Miriam Tey funda la editorial Cobre». <http://www.escribir.info/not13.htm>
- MEHTA, Gita (1994): *Karma Cola. Marketing the Mystic East*. Nueva York: Vintage/ (1999): *Karma cola*. Trad. Silvia Alemany Vilalta. Barcelona: Kairós.
- MIN, Anchee. «Titles». <http://www.barclayagency.com/min.html>
- MOHANTY, Chandra Talpade (1991): «Under Western Eyes. Feminist Scholarship and Colonial Discourses». *Third World Women and the Politics of Feminism*. Eds. Chandra Talpade Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres. Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press. pp. 51-80.
- MONGIA, Padmini (2004): «Time for a reality check». *The Hindu Literary Review*, 1 Feb. 2004. <http://www.hindu.com/lr/2004/02/01/stories/2004020100240400.htm>
- (1999): «Contemporary Indian Women Writing in English and the Exclusions of the Postcolonial Canon». *Translating Cultures*. Eds. Isabel Carrera Suárez, Aurora García Fernández y M.S. Suárez Lafuente. Oviedo y Hebden Bridge: KRK Ediciones/Dangaroo Press. pp. 87-92.
- NARAYAN, Uma (1997): *Dislocating Cultures. Identities, Traditions, and Third World Feminism*. Nueva York y Londres: Routledge.
- NIESSEN, Sandra, Ann Marie Leshkovich y Carla Jones (2003): *Re-Orienting Fashion. The Globalization of Asian Dress*. Nueva York: Berg Publishers.
- PANDEY, Beerendra (2004): «A Paradigm Shift in the Representation of Violence in Partition Short Stories by Women: Political Irony in Shauna Singh Baldwin's "Family Ties"». *The Atlantic Literary Review. Special Issue on Indian Women's Fiction*. Ed. Joel Kuortti. 5.3-4: pp. 105-112.
- RAHMAN, Shazia (1999): «Marketing the Mem: The Packaging and Selling of a First Novel». *The Toronto Review* 18.1: pp. 86-99.
- SAID, Edward (1989): «Representing the Colonized: Anthropology's Interlocutors». *Critical Inquiry* 15.2: pp. 205-225.
- SAWNET. The South Asian Women's NETwork. <http://www.sawnet.org>
- SCHIFFRIN, André (2001): *The Business of Books: How International Conglomerates Took Over Publishing and Changed the Way We Read*. Londres y Nueva York: Verso.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (2002¹⁹⁹⁹): «¿Puede hablar la subalterna?». Trad. M. Rosario Martín Ruano. *Asparkia. Investigació Feminista*. 13: pp. 207-214.

- STASIULIS, Daiva (1993): «“Authentic voice”: Anti-racist politics in Canadian feminist publishing and literary production». *Feminism and the Politics of Difference*. Eds. Sneja Gunew y Anna Yeatman. Halifax: Fernwood Publishing. pp. 35-60.
- «Todas las notas de agencia de la intervención de Zaplana en relación a Tey 16/06/2003» (2003): <http://www.redfeminista.org/pnoticia.asp?id=646>
- VIDAL Claramonte, CARMEN África (2002): «El cuerpo colonizado». *Asparkia*. *Investigació Feminista*. 13: pp. 103-114.
- VV.AA (2004): *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de sueños.
- <http://www.nodo50.org/ts/editorial/otrasinapropiables.pdf>

Recibido el 28 de noviembre del 2005

Aceptado el 12 de diciembre del 2005

BIBLID [1132-8231(2005)16: 95-114]